

## EL PRIMER ANÁLISIS DEL LENGUAJE.

He dicho incidentalmente que lo expuesto sobre el aprendizaje de las voces se aplicaba en lo esencial á sus combinaciones gramaticales: porque, si es obvio que no creamos las primeras, tampoco inventamos á nuestro capricho las segundas; si es obvio que el niño se asimila las unas por pura imitación habitual del ejemplo que recibe, lo mismo hace con las otras.

Constándonos que las cosas pasan de esta suerte, es claro que, cuando una criatura llega á decir: *en brazos*," v. gr., para que lo tome en los suyos una persona, nadie se maravilla del acierto con que elige la preposición *en*, y no *entre* ó *sobre*, ú otra cualquiera; y nadie se maravilla por la más convincente de las razones: porque no la ha elegido. Si para expresar lo que ella desea hubiese oído las fórmulas: *entre brazos* ó *sobre brazos*, las repetiría del mismo modo naturalmente, toda vez que eso es lo único que hace: repetir lo que oye.

Cuando esa misma criatura llega á percibir más tarde la diferencia que existe entre *da* y *daba*, si nn día nos cuenta que antes le *daba* su madre cierta cosa y que ya no se la *da*, tampoco tenemos motivos para sorprendernos de la exactitud con que usa ambas formas verbales. Podemos admirarnos todo lo que nos plazca de la penetración de su inteligencia para distinguir los casos á que se aplican; de la delicadeza de su oído para reconocer la diversidad

de sus articulaciones; de la virtud de su memoria para conservar las asociadas á sus casos respectivos; de la aptitud de su aparato vocal para repetir las; podemos, en fin, admirarnos de todas las dotes naturales que le permiten reproducir lo que oye con intención análoga á la de cuantos lo pronuncian, pero no del uso que hace de tales dotes en aquel instante, no de que reproduzca precisamente las formas dichas, en vez de otras diversas, puesto que esas son las que ha oído. Hubiérase criado entre rusos, aunque nacido en España, y de otro modo hablaría.

Ahora bien: si de las combinaciones de los vocablos se descarta esa variedad de formas ó accidentes, con que deben entrar algunos en la combinación, y el uso de partículas conexas, como las preposiciones y las conjunciones, ¿qué resta de la organización de la frase, si no es la colocación de las palabras en un orden dado, que nos enseña igualmente el ejemplo de los demás?

No huelga, como podría creerse, insistir en hechos tan sencillos; no es ocioso afanarse en reducir á sus verdaderos límites el primer trabajo de la infancia: ¿cómo apreciar, si no, la magnitud del que le falta por hacer, cuando se educa? Y de lo dicho se infiere que el segundo debe ser mayor de lo que á veces se piensa, porque el primero, con ser prodigioso, se encierra, no obstante, en límites más reducidos de lo que suele creerse. En prueba de lo cual basta sacar las consecuencias naturales de los hechos anteriores.

Y las consecuencias son patentes. Si el niño que aprende á hablar una lengua ya formada, como es la de sus padres, no tiene que pararse á idear las yuxtaposiciones, las concordancias ni el régimen de los vocablos, que son las combinaciones mentales en que estriba el artificio de la expresión, sino que todo eso lo repite cada vez según ha sonado otras en su oído, y nada más que por eso: porque *le suena*, y según le suena, es claro que un día se encuentra dueño de tal artificio sin la menor idea de él, y sin aptitud, por tanto, para usarlo de una manera libre y reflexiva.

El hecho es una vulgaridad; concedido. Pero no se trata simplemente del hecho, sino de su alcance; no se trata simplemente de afirmar, sino de medir la ignorancia de un niño sobre la estructura del idioma, cuando ese niño es un pàrvulo que habla por pura imitación; y para eso es preciso tener en cuenta los límites

que ponen á su conocimiento, así la edad como el procedimiento por que aprende. He aquí el punto interesante. Sigamos, pues, sacando consecuencias sobre este punto.

Repetir lo que suena según suena, apoderarse al oído del mismo material de la expresión, como es esencial y lo primero para un niño, equivale á recoger, sin embargo, buena cosecha de errores: porque la pronunciación no respeta siquiera la individualidad de las palabras combinadas en cada fragmento de una frase, sino que las amasa y confunde de tal suerte, que á un oído inexperto parecele la combinación como hecha de una pieza; y entonces, ¿quién habla ya de concordancia ni de régimen de las voces unidas, ni siquiera se distinguen las voces, ni se percibe, por tanto, que formen una combinación? Pues he ahí un caso frecuentísimo en la infancia.

Todos sabemos, por ejemplo, que un niño, cuando empieza á escribir sin más conocimiento que el de las letras, ignora hasta lo más elemental de ese arte, como es el separar las palabras; todos recordamos los contactos misteriosos que establece entre las sílabas de distintas voces y los divorcios imprevistos á que condena las de una sola, cuando no copia una muestra que se las dé previsoriamente arregladas para evitar esos trasiegos silábicos. ¿Acha-caremos tal anarquía á ligereza y atolondramiento del escribiente? ¡Ilusión! Ya podemos hacerle que se fije y corrija su obra; nos la devolverá intacta ó retocada en términos que colmarían nuestro asombro, siuviésemos razón para asombrarnos. Pero no la tendríamos; aquella anarquía no es sino un débil trasunto de la que hay en su cabeza y en su oído: las palabras que no traza aisladas en el papel es porque no las percibe en semejante aislamiento, es porque unas son voces poco ó nada independientes de suyo, y él no las ha oído nunca sueltas, sino en combinaciones de que no ha acertado á desligarlas, como las preposiciones, por ejemplo, para citar una clase entera de las que más se prestan á la fusión; otras, aunque independientes, son poco familiares, y apenas las conoce en particular, por lo mismo que no se usan á todas horas, sino de vez en cuando, en el curso de ciertas conversaciones, como incidentes que no se imponen á la atención; otras, aunque sean familiares, y aunque las oiga á veces aisladas, se le aparecen con tan

diversas formas, con disfraces tan varios, a modo de los verbos, y sobre todo los irregulares, que le es difícil reconocer su identidad y salvar su independencia. ¿A qué seguir? Los motivos de confusión, cuando no hay más juez que el oído sin la ayuda de un análisis mental, son inagotables y de ellos pueden deponer, no ya los niños, sino un número de adultos muy superior al que yo necesito para corroborar tesis tan sencilla. Holgáranse los lectores de que no la tuviera así de nutrido á mi disposición y á la suya.

Pues bien: en lugar de un adulto ó de un niño de ocho años, supongamos uno de cuatro ó de cinco. ¿A qué altura estará de distinción entre las voces sueltas y sus combinaciones sintáxicas? Me parece que la respuesta no es dudosa; me parece que, si él fuese capaz de resumir por escrito sus adquisiciones lingüísticas, no escribiría sino una especie de diccionario donde aparecerían, mezcladas con los vocablos propiamente dichos, las frases que compusieran su repertorio gramatical. Sería un testimonio completo de que, en su mente, diccionario y gramática son una misma cosa, ó, mejor, de que no hay tales cosas en su mente de que aún no llega su discernimiento á sacarlas del fondo obscuro y embrionario de sus primeras percepciones sobre el lenguaje. Pero ¿hace falta semejante testimonio? ¿No da un párrulo obradas pruebas á cada hora y momento de que, para él, palabras ó frases, todo es uno? ¿Y no se explica perfectamente esta confusión original que deja tan largas huellas en edades sucesivas, por la naturaleza del primer aprendizaje del idioma y por el débil desarrollo del espíritu de análisis en la infancia?

¶ Saquemos la última consecuencia. Si nuestro párvulo se ha hecho á oír y repetir en globo las expresiones que emplea sin discernir sus elementos; si, por consiguiente, toma fragmentos de frases y á veces hasta frases íntegras como otras tantas palabras de más tamaño que el ordinario, fuerza es admitir que no puede empezar con fruto el estudio del idioma sin empezar á desvanecer esa confusión, ó, más bien, que el estudio se inaugura con el trabajo de despejo indispensable para disiparla. En qué cuestión referente á la lengua ha de ocuparse en lo sucesivo, si todas versan sobre las palabras ó sus combinaciones en el discurso, cuando él no ha establecido todavía una línea clara de demarcación entre

ambas cosas? Tiene el hábito de usarlas, pero no sabe lo que usa; ignora, no sólo lo que son frases, sino lo que son palabras. ¿Por dónde había de saberlo? Las palabras son piezas del mecanismo de la expresión, en que un pãrvulo apenas repara. Cuando las ve sueltas, las distingue medianamente, y algunas, aunque muy pocas, bastante bien; pero, cuando se le da armado el mecanismo, cuando están cada una en su puesto, no sabe qué hacen allí; muchas las desconoce, ó ni siquiera advierte su presencia. Y, sin embargo, allí es donde tienen su destino; allí es donde cumplen sus funciones; allí donde ha de apercibirse lo que vale cada una como elemento de la combinación, y lo que vale la combinación á diferencia de todas.

Necesita, pues, acostumbrarse á demostrar el mecanismo, haciendo con las oraciones análisis análogos á los que hará más adelante con las palabras complejas, porque el caso es el mismo. Así: él sabe, v. gr., lo que quiere decir el vocablo *encima*, pero de seguro no se le ocurre pensar en la cima de los montes, ni en la cima de nada, á propósito de tal expresión, porque no oye aislada-mente las voces simples que la forman, no descompone, ni por consiguiente, reconstruye su sentido. Pues de la propia suerte hay en las frases que usa mil asociaciones de palabras que, como ya se ha visto, notienen para él más independencia que las dos precedentes, es decir, ninguna; y esas las toma é interpreta tan en conjunto como las anteriores, sin desentrañar el sentido preciso que encierran porque, como no distingue siquiera al oído sus factores componentes, no puede adjudicar á cada uno la parte con que contribuye á formarlas. La confusión es la misma en ambos casos, y evidente la necesidad de deshacerla en el segundo por un análisis idéntico al primero.

Doy por entendido naturalmente que no hay para qué hacer semejante trabajo en una clase especial destinada cada día al examen de unas cuantas oraciones. Esa no sería una clase de análisis, sino de bostezo. ¿Qué le importan á un niño (ni á nadie) las frases sueltas que pudiéramos ofrecerle como temas para sus ejercicios? Si las oyese en la conversación, y la conversación le interesase, como siempre supongo, ya sería otra cosa. Entonces no se reducirían á un simple *decir* como otro cualquiera, según su modo

lógico de razonar; entonces las oiría por algo en que tenía puesta su atención previamente; entonces sería, pues, ocasión oportuna para un análisis incidental, no anunciado con aparato, ni dilatado con largas reflexiones, que darían al traste con el interés de los alumnos, distrayéndolos del fondo de la conversación. Las cosas deberían pasar en suma como se indicón en el segundo capítulo á propósito de las palabras.

Se está, por ejemplo, en una conversación sobre historia, tratando de dar idea de la vida de los salvajes. Nada más natural que hablar de sus hijos, y de la desnudez en que se crían en los climas cálidos, diciendo que esos salvajines van *encuerecitos vivos*, y añadir, v. gr.: "*unos cuerecitos tan negros*" si se describen salvajes de ese color. Agregar á la frase ese complemento explicativo, y desorientar á los muchachos, aunque conozcan perfectamente la palabra *cuero*, y aunque sépan que es equivalente á *pellejo*, todo es uno, porque ellos no oyen tal palabra en la frase, ni jamás les ha pasado por las mientes traer á colación ninguna clase de cueros con motivo de la desnudez de una persona; lo que oyen es una sola palabra: *encuerecitos*. El maestro puede acentuar ese movimiento de extrañeza, que es un movimiento de atención, provocado intencionalmente por él mismo haciéndoles notar que se trata en efecto de tal nombre, y gastando alguna broma con ellos por los parados que se quedan. Si los muchachos tienen bastante confianza, no faltará alguno que interrumpa:

—Eso lo dice V. en broma. Como van es desnudos. ¡Ahora iban á ir en unos cueros!

—Pues ¿dónde estarías tú si te metiesen en uno?—supongo que es la respuesta.

—¡Toma! Si me metieran . . .

—¡Cómo si te metieran! Pues ¿y tu pellejo, quién está dentro de él? ¿O es que el pellejo no se llama cuero? Sólo que es cuero vivo.—¡figúrate si lo será!—al revés de las pieles de animales muertos que se ponen otros salvajes:

No hay que seguir ni apurar más las cosas, sino continuar el relato. En esa llamada de atención quedan puntos oscuros, es verdad. Importa poco. No se trata ahora de cada uno de ellos particularmente, ni se citan siquiera sino para lograr tal llamada

de atención. Lo que importa es la locución familiar, y ésa ha salido de su vaguedad primitiva y adquirido un grado de precisión muy suficiente para el pensamiento de un muchacho. Ya ha dejado de ser una aglomeración informe de voces indiferentes, para convertirse en un compuesto organizado de palabras, es decir, de unidades de expresión cada una de las cuales pone su parte en el conjunto y contribuye á la integridad de su sentido. Esto no lo razona el niño todavía, pero lo ve, y es lo esencial para que en adelante llegue á razonarlo, para que un día se explique que, si al hablar combinamos palabras, es porque, al pensar, combinamos ideas, y que así como á cada una de las últimas corresponde una voz en el lenguaje, á cada asociación de varias corresponde la de sus vocablos respectivos ó la de otros cualesquiera que participen de su misma fuerza expresiva.

Tal es el resultado que deben preparar estos análisis. La frase propuesta como ejemplo no es ni con mucho de las primeras en que debe hacerse el ensayo; al contrario, es para niños pequeños una frase excepcional; pero la he elegido de propósito, como podía haber elegido infinitas locuciones análogas, por lo mismo que presenta más de relieve la índole de las dificultades que la infancia necesita resolver. La extrañeza que produce en una edad relativamente avanzada la descomposición de expresiones parecidas, es la que origina á los seis años el análisis de las más.

Aprovéchense, pues, algunas de las más características que salgan ó se usen de propósito en las conversaciones, no bien se hayan desenvuelto el pensamiento y el lenguaje de los alumnos en la medida necesaria para la fecundidad de tales ejercicios—que será próximamente hacia el período en que hoy ingresan en la escuela elemental, si entran con la preparación que aquí supongo recibida en la enseñanza de párvulos;—aprovéchense, digo, frases características, pero sencillas, para análisis incidentales y muy breves á la manera del descrito, y en bien poco tiempo tendrán los alumnos un caudal de observaciones sintáxicas que junto con el vocabulario adquirido, constituirá un progreso de extraordinario valer en el uso del idioma, y una materia en que poder ejercitar su reflexión de allí en adelante para el logro de progresos futuros. Porque, no se olvide, el conocimiento de la lengua no puede desarro-

llarse sino merced á continuas reflexiones sobre la observación de su uso, y no es fácil la reflexión, ni, por tanto, el conocimiento, sin recoger previamente ese material de observaciones.

Sería engañarse, sin embargo, creer que los análisis incidentales de frases bastarían á despejar por sí solos la confusión primitiva en que aparecían envueltas para el niño las palabras y sus combinaciones, á menos de aguardar el fruto años y años, muchos más de los poquísimos que constituyen el período escolar entre nosotros. No siendo así, á fuerza de tiempo, ¿cómo deshacer la infinidad de amalgamas en que recibe y emplea las voces el que aprende la lengua al oído y en cortísima edad, si continúa su aprendizaje por ese solo procedimiento, que le expondrá de continuo á nuevos errores como los que trata de corregir á cada paso?

Nótese que un adulto, que empieza á hablar una lengua extranjera sólo por el hábito de oír, incurre con mucha facilidad en esos errores. Ved aquí uno, por ejemplo, que aprendió á decir: *gracias*, en inglés. La expresión le había sonado: *cenquiu*, y así la repetía, convencido de pronunciar un nombre correspondiente al español *gracias*, hasta que un día, con gran sorpresa suya, vió escritas las palabras *thank you* (*zenk yu*), que él había tomado por una sola. ¿No ha de pasarle esto á un niño, acostumbrado á la enseñanza de la viva voz, y nada más? Y entonces ¿no le será muy útil, como á ese adulto, poder ver las palabras que pasan tan fugazmente por su oído? Tan útil, que ese es el recurso supremo para aislar todas las voces del idioma, y conquistar al diccionario su plena independencia: *escribir y leer*.

Veamos cómo puede utilizarse este nuevo recurso para proseguir el primer análisis de la lengua.

